

La pequeña y mediana empresa, gran vedette



QUIEN duda que después del régimen franquista, que no solamente no se ocupó nada de la pequeña y mediana empresa, sino que favoreció de múltiples maneras a la grande, estamos empezando una nueva época en la cual esta pequeña y mediana empresa se encuentra puesta en el candilero. El Gobierno, las centrales sindicales, los partidos políticos y una parte de la prensa se llenan la boca de alabanzas a este tipo de empresarios, y sus confederaciones es raro el día que no son mencionadas en los periódicos y revistas.

Pero habría que preguntarse: ¿está todo tan claro como parece a primera vista?

Pienso que habría que analizar con más cuidado la realidad española para llegar a concluir que, en esta magnificación de la pequeña y mediana empresa, no es oro todo lo que reluce y, por supuesto, existe un gran vacío en este concierto de voces que parecen cantar al unísono: el de nuestra Iglesia oficial.

Los Papas hablaron muy poco de la pequeña empresa, pero hablaron. En cambio, a nuestra Iglesia oficial española le pasa lo mismo que a nuestra flamante Constitución en germen. Ni una voz eclesialística ni una letra constitucional mencionan, apoyan, o desarrollan civil o moralmente esta estructura económico-social que es tan importante y decisiva para el futuro de la economía y de la sociedad españolas.

Sólo he encontrado un discurso de Pío XII, en enero de 1956, que se refería a las "pequeñas empresas". En este discurso hacía unas reflexiones muy adecuadas sobre la misma, y sobre sus positivas características. En él, el Papa daba excelentes orientaciones también a los pequeños empresarios —lo mismo industriales que comerciales— para la buena marcha organizativa de la misma. Y llamaba la atención del patrono diciéndole que no estuviera "únicamente solícito por el juego de sus intereses personales".

Evidentemente, el pequeño y mediano empresario tiene la tentación de hacer depender su organización excesivamente de su "voluntad", y es necesario que se percate de que toda empresa es un grupo humano en el cual sus componentes no son máquinas automáticas, sino que son seres dotados de inteligencia y voluntad, y con ellos debe contar para el orden del conjunto. El Estado también tendría que evitar el caer en la tentación de una "tutela" mal concebida. Lo hemos visto en nuestro régimen anterior, en donde el paternalismo empresarial y el paternalismo estatal, inyectados de fuertes dosis dictatoriales, fueron el "leit-motiv" de la es-

tructuración económico-social del país. Toda "pequeña industria" hay que concebirla como un conjunto de "derechos y deberes" respecto a "la colectividad nacional". El Estado debe respetar las características de esta pequeña empresa, la cual debe procurar no aislarse en un ego-centrismo culpable socialmente, sino organizarse en consonancia con las necesidades generales del país.

¿Cuál es, por tanto, para este Papa "el éxito feliz de las pequeñas y medianas empresas?" Pregunta a la que contesta de este modo: "la fiel colaboración de sus componentes". Esta compenetración y esta cooperación de todos y cada uno, desde el empresario hasta el peón, son imprescindibles porque todos son engranajes vivos importantes, sea cual sea su puesto. De ahí que la misión fundamental del empresario sea crear "un espíritu" de grupo humano poniendo "el interés de todos por encima de su provecho individual". Así es como se superará también el problema actual de la crisis de autoridad y de solidaridad en el trabajo, porque muchas veces está basada en una falta de confianza mutua y en un "sentimiento deprimente de desilusión", debido a la suspicacia que produce "el lucrarse injustamente a costa de los demás" y en vivir una mayor o menor explotación tan poco humana. Es necesario que la rentabilidad de la empresa no esté centrada preferentemente en el lucro individual, sino en "un ambiente de interés, de espontaneidad, de aportación voluntaria al mejoramiento de una comunidad de trabajo". Así es como "el trabajo vuelve a tener todo su significado y toda su nobleza, porque se hace más humano".

Sin duda, en pocas palabras este tan discutido Papa en otros terrenos más políticos, acertó, sin embargo, haciendo estas reflexiones realistas acerca de la pequeña y mediana empresa, que son estimuladoras de un porvenir más justo y razonable de cara al futuro económico-social de un país.

En cuanto al Gobierno, es cierto que en el pacto económico de la Moncloa se contienen catorce alusiones en beneficio de la pequeña y mediana empresa. Pero estos pequeños empresarios se encuentran hoy en día muy desanimados porque no ven un desarrollo completo y eficaz de estos puntos, sino que todo se centró casi exclusivamente en la "reforma fiscal", sin que ésta contemplase de modo claro alguna especial consideración —como sería justo— a la pequeña y mediana empresa. El pacto económico de la Moncloa debería ser llevado a cabo en forma armónica, de modo que todas sus partes fuesen cumplidas sin exclusiones que desequilibrar el

conjunto, y muy particularmente ocurre esto en el campo de esta olvidada y preterida pequeña y mediana empresa. El propio Gobierno parece tener una evidente inclinación en favor de los grandes grupos de intereses y de poder, considerando como Cenicienta a la empresa que no tiene esa grandiosa dimensión. Cuando más, lo que hace es alguna hábil combinación para intentar conseguir los votos de una parte de esta pequeña y mediana empresa del país al hacer ministro a un hombre que si bien muchos lo identifican con la gran empresa, ha sido también el promotor de una de las dos Confederaciones de la pequeña y mediana empresa.

Las centrales sindicales, al igual que los partidos políticos, están volcadas en favor de la pequeña y mediana empresa. Pero más inclinados verbalmente que de hecho, porque es frecuente que, o en particular o en discursos y declaraciones generales, defiendan a la pequeña y mediana empresa; pero cuando suceden problemas concretos en público no siempre son consecuentes con esta postura. Incluso a la hora de dialogar con los empresarios existe un excesivo temor reverencial hacia las asociaciones de la gran empresa, y fácilmente consenten que haya un diálogo promovido por el Gobierno en el cual no está presente la pequeña y mediana empresa, sino la grande.

Yo definiría esta situación como una situación de expectante confusión, ya que el panorama no se aclara ni los diferentes grupos sociales se definen públicamente en la práctica con suficiente claridad en favor de la pequeña y mediana empresa. Y nada digamos de nuestra jerarquía eclesialística española porque, como vive en las nubes o en el alejamiento de la realidad social del país, ni siquiera ha caído en la cuenta de la importancia que en el presente y, sobre todo, en el futuro tiene la pequeña y mediana empresa.

Por eso habría que pedir a los pequeños y medianos empresarios que fuesen conscientes de su situación, que no se desanimasen ni por los conflictos internos de su propio mundo empresarial ni por el abandono en que todavía se encuentran socialmente. Tan sólo la tenacidad y la conciencia de esta realidad, junto con un sentido profundamente humano de las relaciones entre los hombres que componen la estructura empresarial, harán que pongamos las bases de una sociedad futura mejor. ■